

VI.

Era el día siguiente de la noche de que acabo de hacer mencion.

Cerca de las once de la mañana, doña Clara, que habia estado concluyendo desde la aurora algunas labores, atrasadas el día anterior por las exigencias y las sospechas de su hijo, dijo que iba á salir de casa para comprar algunas telas.

—Hoy es el cumpleaños de Mercedes, ¿verdad, mamá? preguntó Guillermo, cuyo semblante estaba en perfecto sosiego.

—Sí, hijo mio, respondió doña Clara; hoy cumple trece años.

—¡Trece años! Pues me parece que, para tan poca edad, está muy alta; ¿no es cierto?

—Sí que lo es: Mercedes está muy crecida.

—Acércate, hermana, prosiguió Guillermo; acércate para que pueda juzgar con acierto de tu talla.

La niña obedeció á su hermano: este se puso en pié, atrajo hácia él á Mercedes, y tocó su cabeza.

—¡Me llegas al hombro! exclamó con asombro: ¿sabes que eres muy alta? ¡Y siempre sin salir! No sé cómo creces, ni siquiera cómo estás buena. ¡Ah! ¡Cuánto os cuestó!

Al decir estas palabras, la fisonomía del ciego se cubrió de negras sombras.

—Vamos, ¿quieres afligirnos á tu hermana y á mí? dijo doña Clara tomando la mano de su hijo.

—¡Dios me libre! repuso Guillermo.

Y su madre pudo ver que hizo un violento esfuerzo para aparecer tranquilo y para hacer que asomase á sus labios una sonrisa.

—¡Hoy es gran día! continuó, cuando pensó que ya su metamorfosis era completa: sí, hoy es un gran día y espero que lo celebraremos: ¿es verdad, mamá?

—Sí... balbuceó doña Clara, que se puso

á temblar esperando alguna nueva exigencia de su hijo.

—Mandarás añadir en la comida dos platos que sean del gusto de mi hermana, ¿no es esto muy justo?

—Sí que lo es, hijo mío.

—Le comprarás, en mi nombre, un bonito sombrero, y, en el tuyo, un elegante traje de seda: ¿oyes?

—¡Sí!...

—¡Con qué voz tan desmayada me respondes, madre! continuó Guillermo; ¿te dolería el dinero que vas á emplear en mi hermana? ¡Ay! La pobrecita no tiene ya padre, y, por lo mismo, debemos amarla más nosotros... Si mi padre viviese, ¡qué feliz sería al verla!

Un sollozo de la desgraciada madre cortó las palabras de Guillermo.

—¡Vamos, madre mía, te aflijo! ¡perdóname! observó Guillermo buscando la mano de doña Clara: no hagas caso de mí, y llévate á mi hermana para que elija, á su gusto, tu regalo y el mío: el día está hermoso, sin duda, porque mis ojos sienten el resplandor del sol: no tengais pena por mí y marchad á las tiendas.

—¡Dejarte solo! exclamó doña Clara con un movimiento de terror.

—¿Cómo solo, mamá? ¿No están los criados? dijo Guillermo: ya es hora de que mi pobre hermana salga alguna vez y de que tú la lleves á tomar el aire puro.

Doña Clara miró á su hijo recelosamente, temiendo que aquellas palabras fuesen un lazo que sus dolorosas dudas le tendian; pero vió tal confianza y tal fé en el semblante de Guillermo, que dijo con acento tranquilo:

—Está bien: ya que lo deseas, me llevaré á Mercedes: vamos á vestirnos, hija mía.

Madre é hija salieron de la sala y pasaron al cuarto de Guillermo: allí doña Clara abrazó entre sollozos á su hija.

—¿Por qué lloras, mamá? le preguntó esta devolviéndole sus caricias: ¿qué tienes?

—¡Hija mía! ¡Hija mía! exclamó la desventurada madre entre sollozos. ¡Qué desgraciada has nacido! Hoy es tu cumpleaños, hija de mi alma, y tu madre no puede consagrarte ni siquiera una flor que te recuerde su cariño. ¡Pobre niña, nacida solo para llorar y padecer!

—¿Y es eso lo que te aflige, mamá? pre-

guntó Mercedes abrazando más estrechamente á su desconsolada madre.

—¡Oh, sí! Me traspasa el alma tener que engañar en este punto á tu hermano... ¡hacerle creer que te probamos nuestro amor con esos objetos, tan propios de tu edad, cuando realmente careces de todo!

—Eso no te importe, mamá mia; dijo Mercedes: yo solo quiero tu amor y el de Guillermo, y, sobre todo, veros tranquilos y felices.

—¡Pero tú, hija mia, padeces doble! continuó doña Clara, cuyos ojos no podían contener el copioso llanto que brotaba de su corazón: tú estas oyendo enumerar incesantemente todos los objetos, todos los juguetes que más apeteces, todos los manjares que quizá no recuerdas ya haber probado. Y sin embargo, nada de eso ves... nada... y hoy, para engañar piadosamente á tu hermano, tengo que sacrificar una parte de tu pan á fin de que pruebe dos ó tres manjares más.

—¿Y eso qué importa, mamá?

—¿Qué importa? Quizá tú tengas hambre hoy que debias ser feliz. Quizá, pobre ángel mío, señales con una nueva tortura el día

de tu cumpleaños... ¡Oh! prosiguió doña Clara con creciente amargura: ¡oh, Dios mio! ¡creo que soy culpable porque, por consolar á uno de mis hijos, soy despiadada con el otro! ¡Creo que has de castigarme, Dios de justicia!

—Mamá, por la Virgen, ¡no digas esas cosas! exclamó Mercedes asustada: ¡no mires así al cielo! ¡me das miedo!... ¡me parece que vas á perder el juicio!...

—¡Sí, sí! ¡Quizá me volveria loca y eso seria un bien!... dijo la desgraciada señora: ¡oh, sí, porque me canso de padecer!

—¡Ay, mamá! ¿Y qué seria entonces de nosotros? observó Mercedes sollozando: ¡no sabes que tú eres nuestro solo amparo en el mundo?

—¡Es verdad!... ¡Es verdad!... ¡Perdon, Dios mio!... ¡Perdon, hija mia! dijo la señora de Rocamora, cuyo semblante perdió la expresion de extravío que, durante algunos instantes, lo habia desfigurado de un modo terrible. ¡Perdon!... debo vivir para tí y para tu hermano; ¡para vosotros, mis pobres hijos!... ¡Sufriré con paciencia cuantos dolores quiera Dios enviarnos, y al fin se apiadará de nosotros!

—Todos los días le rezo yo para eso, mamá, dijo cándidamente Mercedes. ¡Oh! continuó, y qué bueno es rezar! Parece que la oracion consuela y fortalece nuestra alma, como el alimento consuela y fortalece nuestro estómago debilitado. ¡Dios nos ha hecho un gran beneficio dándonos la oracion!

—Tienes razon, hija mia; dijo doña Clara completamente tranquila por las dulces palabras de su hija: sí tienes razon, y yo soy una ingrata al quejarme del cielo que me ha concedido ser madre de un ángel como tú.

Al decir estas palabras, doña Clara abrazó á su hija con una alegría tranquila ya y sincera: tan cierto es, mis jóvenes y queridos lectores, que las virtudes de los hijos son el bálsamo de todos los dolores de sus padres.

¡Sí! ¡En vuestras manos teneis la desdicha ó la felicidad de los que os han dado el ser! Y por eso el cielo no os perdonará nunca si, pudiendo hacerlos venturosos, abrevais su vida de amargura y de dolores.

Las lágrimas de la señora de Rocamora se secaron con las dulces palabras de su hija: enjugó aquella sus ojos por la vez postrera, y dijo levantándose:

—Vamos, hija mia: iremos á la tienda á entregar nuestra labor concluida.

—Pero, mamá, ¿hemos de dejar solo á Guillermo? preguntó Mercedes volviendo á alarmarse.

—¿No ves que lo quiere él así?

—¡No importa! Pueden llamar, puede él necesitar alguna cosa. Yo me quedaré allá dentro, en el cuarto de la cocina, y, si llama, diré que he vuelto antes que tú.

—Pero, pobre hija mia, ¿no te alegraria tomar un poco el sol? ¡Estás ojerosa y descolorida!

—Mucho me gusta el sol, mamá, respondió la niña suspirando como el que se despide de una dicha deseada por largo tiempo é imposible de alcanzar, ¡sí; mucho me gusta el sol! ¡Pero ni tú ni yo estaríamos tranquilas pensando en la soledad de mi pobre hermano! Yo, al menos, mamá, veo el sol desde nuestra casa: él es mucho más desgraciado que yo, pues solo puede sentir su benéfico calor: así, pues, es muy justo que me quede.

—¡Dios te recompensará, hija de mi alma! exclamó doña Clara abrazando de nuevo y con ardiente ternura á su hija: sí, Dios es

bueno y no puede dejar de premiar tu ternura y tu abnegación.

—Vete, mamá, tranquila: yo me voy allá dentro y trabajaré.

—¡Eso no! ¡No trabajes hoy, hija mía! Lee... ó juega; ¡pero no trabajes! ¡Bastante lo haces todos los días!

—¡Ay, mamá! ¡Lo que siento es lo mal que lo hago! dijo con tristeza Mercedes; ¡pero ya se ve! ¡hay que darse tanta prisa!...

—¡Ni aprender puedes, ya lo sé, hija mía! haces demasiado, pues mi vista ya no me permite enseñarte, y á no ser por las lecciones de esa santa jóven... ¡Ah, no en vano la llaman *el Ángel de los tristes!* Pero es tarde... adios, hija mía... Espero traer algun dinero.

—Adios, mamá.

—¡Ah, escucha! Si no llama tu hermano, que no te oiga... ¡Dios mio, sospecha ya, y...

—¡No temas, mamá! toma; aquí tienes las camisas envueltas en un pañuelo.

—Hasta luego, hija mía.

—Hasta luego.

Doña Clara besó á su hija con entrañable ternura: hizo otro tanto con su hijo, y bajó la escalera dirigiendo antes á Mercedes, á

la puerta de la habitación, algunas palabras en voz alta, que hicieron creer á Guillermo que su hermana salía con su madre.

La puerta se cerró ruidosamente, y en seguida Mercedes, ligera como un ave que notase el suelo con sus alas, se deslizó sobre las puntas de sus pequeños piés: se asomó á la puerta de la sala para ver á su hermano, y luego, volviéndose, se dirigió al cuartito.

El finísimo oído de Guillermo percibió, sin embargo, algun rumor, porque se volvió y preguntó en voz alta:

—¿Quién está ahí?

Un silencio sepulcral respondió á sus palabras.

Creyendo entonces que todo habia sido una ilusión suya, se volvió hácia la ventana para exponer sus manos y sus piés al benéfico calor del sol que inundaba con sus rayos aquel pobre aposento.

En aquel instante, si Guillermo hubiera tenido vista, se hubiera recreado con un espectáculo delicioso.

Uno de los balcones del cuarto principal de la casa del otro lado del callejon estaba abierto.

Cerca del balcon, y sentada enfrente de un hermoso espejo de cuerpo entero, una jóven peinaba su larga cabellera rubia.

Era Esther: á pesar de su alta estatura, la delicadeza de sus formas atestiguaba su edad casi infantil: no podian hallarse quince años más lindos aun teniendo presente el proverbio de que *no hay quince años feos*.

Los de Esther eran preciosos, aun más que por la belleza de su semblante de ángel, por la modestia, la mansedumbre y la dulzura que respiraban todas sus facciones, de una pureza admirable.

Tenia puesta una bata blanca de levantarse, ceñida á su delgado talle por un cordón de seda, blanco tambien, que remataba en dos grandes borlas.

Sus anchas mangas, un poco cortas, dejaban ver sus torneados y graciosos brazos hasta el codo, mientras con su pequeña mano, más blanca que el peine de marfil que sujetaba, alisaba sus cabellos largos, espesos y brillantes como la seda.

Esther se peinaba sola á pesar de tener una doncella para su servicio exclusivo: su madre, hija de una noble familia, pero que habia probado grandes desgracias, la habia

acostumbrado á servirse por sí misma en todo cuanto le era posible, sabiendo por experiencia la inestabilidad de las fortunas humanas, y no queriendo exponer á su hija á sufrimientos inútiles si la voluntad del Todopoderoso la sumergia algun dia en la pobreza.

Delante del balcon del aposento de Esther habia una fila de macetas, que contenian plantas olorosas, y que miraban con envidia el sol de la casa del ciego que ellas no podian alcanzar.

Hácia el fondo se veia la alcoba, cuyas puertas de cristales estaban abiertas, y en ella el blanco lecho del *Ángel de los tristes*, velado por cortinas de muselina blanca bordada.

Los muebles eran de limonero y muy sencillos: algunas sillas de esta madera con asientos de raso azul, dos sillones iguales, un costurero de laca y muchos y hermosos cuadros, obras todas del pincel de Esther, adornaban la estancia de la jóven.

Esta acabó de peinarse; y en tanto daba la última mano á su tocado, empezó á cantar con voz pura y armoniosa la plegaria de *El Profeta*.

El corazón de Guillermo saltó en su pecho con insólita violencia: ya había oído aquel canto dos ó tres veces más, y le parecía que, al escucharle, circulaba por sus venas una nueva vida.

En efecto: nada había más dulce y melodioso que la voz de Esther, limpia, ágil y fresca como el canto del ruiseñor cuando en las alboradas del estío sacude sus alas en las ramas de las acacias.

Apenas se reconocía el arte en aquellas notas, llenas de grandeza y sencillez; mas, en cambio, pudiera decirse que eran un himno entonado por el genio y la inspiración.

Aquellas notas caían como un rocío benéfico en el alma ardiente y atormentada del pobre ciego; porque una de las grandes verdades que la palabra humana ha sabido expresar es que *la música es el lenguaje del alma*.

Esther acabó de alisar sus cabellos dorados, recogidos con sencillez extrema en gruesas trenzas, y por un movimiento natural se volvió hacia su derecha, que era donde estaba situado el balcón.

Entonces vió á Guillermo, y su rostro se cubrió de un rosado rubor.

No obstante, reflexionando que era ciego aquel desgraciado jóven, y que, por consiguiente, no podía haberla visto peinar, su turbación dió lugar á una expresión de tierna y dolorosa piedad.

Acercóse al balcón y le contempló con tristeza.

Pocos instantes le bastaron para conocer cuán costosos sacrificios imponía á la desgraciada madre del ciego el mantener las ilusiones de su hijo.

Observó el amargo contraste que formaban las paredes desnudas del cuarto y sus míseros muebles con la elegante bata, el gorro de terciopelo y las babuchas de tafelito de Guillermo; y al ver el casi suntuoso *negligé* del jóven, no pudo menos de recordar los humildes trages de su madre y de su hermana.

Aún estaba Esther sumergida en estas reflexiones, cuando entró la señora de Valladolidares, que la abrazó con íntima ternura.

—¿Qué hacías, hija mía? le preguntó: ya te veo peinada; ven y yo te ayudaré á vestir.

—Mamá, respondió Esther que miraba en su buena madre á su mejor amiga: estaba

contemplando á ese jóven, que me parece muy culpable.

—¿Qué jóven? ¿De quién hablas, hija mia? preguntó admirada la madre de Esther.

Esta señaló á la ventana de enfrente, y la señora de Valladares columbró, en medio de un foco de luz, la bella y severa cabeza del ciego.

—¡Ah! ¡Hablas de ese pobre jóven! ¡Y te parece culpable! ¡No te entiendo, en verdad, hija mia! ¡Á mi me parece solamente muy desgraciado!

—¿No lo ves, mamá, vestido como una persona rica, mientras su madre y su hermana van cubiertas apenas con unos trages miserables?

—Sí; ¿y qué deduces de eso?

—¿No ves la expresion sombría y casi dura de su semblante? ¿No sabes los costosos sacrificios que se impone su familia por disfraczarle la verdad?

—Sí.

—Pues bien, ese jóven ha de tener un carácter muy malo; y muy violento debe ser su enojo y muy poco elevada su alma cuando no se hallan en él el valor y la fortaleza necesarios para sufrir la pobreza.

—¡Ah, hija mia! ¡Qué sabemos lo que pasará en ese triste asilo! exclamó la señora de Valladares. ¡Jamás debemos juzgar las acciones de los demás solo por las apariencias!

—Pero, mamá, ya sabemos que esa pobre señora oculta á su hijo la pobreza en que viven, temiendo los arrebatos de su tristeza; su carácter sombrío é impetuoso, sin duda, es lo que impone á su madre y á su hermana sacrificios sin cuento; y, á mi modo de ver, seria mucho más laudable que supiese resignarse con su suerte.

—Es cierto, mi querida Esther; la exageracion en nuestros sentimientos jamás conduce á nada bueno; pero quizá su pobre madre teme por la paz de su hijo tambien de una manera exagerada: ¡ah! yo puedo comprender todos los temores, todas las angustias de esa desgraciada madre, porque soy madre tambien. ¡Tú no puedes juzgarla aún, hija mia!—Pero vamos á vestirme, añadió la señora de Valladares tras una pausa: es tarde, y creo que tendrás una gran impaciencia por realizar tu proyecto.

La madre de Esther entornó el balcon, dichas estas palabras, y la conversacion, que

había llegado como un suave murmullo á los oídos de Guillermo, continuó en el interior de la habitación.

Entretanto Mercedes permanecía en el pequeño aposento donde guardaba sus libros y la muñeca que le había atraído la atención de Esther cuando la vestía en el tejado de su casa; pero ni aquellos ni esta habían logrado distraerla ni un momento.

La desgracia presta madurez al carácter más inseguro y apaga la alegría del corazón. Mercedes, que, en presencia de su madre y esforzándose por alegrarla, era una niña risueña y traviesa, se convertía, cuando se hallaba sola, en una joven reflexiva y triste.

Sentada junto á la angosta ventana que daba luz á aquel cuartito, único refugio suyo, miraba distraída las altas chimeneas de las casas inmediatas y la multitud de tejados de enfrente, por donde corrían dos ó tres gatos pretendiendo seguir á saltos el rápido vuelo de algunos pajarillos que, cruzando la diáfana región del aire, se destacaban como puntos negros en el azul del cielo.

También Mercedes seguía la carrera de los pajarillos: habíase cansado muy pronto

de dar vueltas á su muñeca, único juguete que poseía: había después intentado leer, y dejó también aquellos antiguos libros que ya sabía de memoria.

Mercedes reflexionaba, y, sin que ella se apercibiese de semejante cosa, de vez en cuando se deslizaba por su mejilla una gruesa lágrima.

Pensaba en su madre, en su hermano, y en que era el día de su cumpleaños, y recordaba que, dos años antes, cuando vivía su buen papá, hallaba, al abrir los ojos, cubierto su lecho de dulces, juguetes y flores.

¡Pobre Mercedes!

Aquel corazón de trece años no era insensible á la amargura de los recuerdos, que se clavaban en él como otros tantos dardos.

Dos años antes, numerosas amiguitas suyas le regalaban, en el día de su cumpleaños, ya un ramillete, ya una muñeca, una cruz de oro, ó un abanico; pero entonces ¡ay! todas las amigas habían desaparecido, y solo su madre y su hermano se acordaban, para entristecerse, de que en aquel día había nacido.

Mercedes pensó entonces, como le había sucedido muchas veces, en lo que vale un

padre; y alzando al cielo sus ojos azules, intentó buscar, durante algunos momentos, la sombra augusta de aquel protector tan enérgico, á cuya vista la desgracia hubiera huido amedrentada, ocultándole su torva faz.

La contemplacion del cielo purifica hasta el dolor, que siempre tiene algo de egoista: si mirásemos alguna vez al cielo, lectores míos, alcanzaríamos de él valor para sobrellevar las penalidades de la tierra.

Mercedes sintió, mirando al cielo, un gran deseo de rezar: rezando lloró más copiosamente, y su corazon se aliviaba del peso que le oprimía.

Habló á su padre por medio de las santas palabras de la oracion, le pidió consuelo para su madre, y le pareció que su padre la habia escuchado desde su asiento de gloria.

Poco á poco se fué tranquilizando: una sonrisa alegre é infantil secó las gotas de su llanto, y asomándose á la ventana se puso á contemplar las locas carreras de un gato que corria por los tejados vecinos con toda la impremeditacion de la primera juventud, en tanto que una corpulenta gata, su madre sin duda, más juiciosa y

reposada, se tendia voluptuosamente al sol, lamiéndose las patas.

De repente oyó Mercedes sonar la campanilla de su habitacion, y se estremeció.

¿Quién podria ser?

Su madre se habia llevado el llavin de la puerta, y habian convenido en que, al oir ella que lo introducía en la cerradura, saldría para que Guillermo oyese juntas las voces de su madre y de su hermana, que entrarían hablando en la sala como si vienesen de la calle.

La pobre Mercedes se puso á temblar: no se atrevia á salir á ver quién era, porque su hermano la creia fuera de casa: no podia decirle que salia á abrir porque habia llegado antes que su madre, porque ni habia llamado, ni la habia oido abrir con el llavin.

Y, por otra parte, ¿cómo dejar á su hermano que se cerciorase de que no habia en la casa un solo criado? ¿Cómo permitir que él mismo abriese? Y en este caso, ¿quién podria ser? ¡Tal vez algun recado del almacen para donde ella y su madre trabajaban! ¡Acaso alguna imprudente exigencia que despertase en el débil cerebro de Guillermo

alguno de aquellos arrebatos de loco dolor á que solia entregarse!

Todas estas reflexiones las hizo Mercedes en un momento; pero aún estaba sumergida en ellas cuando volvieron á llamar con mayor fuerza.

El terror dejó paralizada á la pobre niña: quedóse inmóvil, y, en medio de su confusion, oyó á su hermano levantarse é ir hácia la puerta de la escalera apoyándose en los muebles.

VII.

Guillermo, al salir, murmuraba algunas palabras de enojo contra sus imaginarios criados: no obstante, á ninguno llamó, porque ni aun se le habia ocurrido preguntar sus nombres: siempre sumido en sus pensamientos dolorosos, no se cuidaba de cosa alguna de la vida material, ni averiguaba nada, no sabiendo, por consiguiente, más que lo que querian decirle.

Antes de que llegase á poner la mano en el picaporte, llamaron otra vez, dando así lugar á exacerbar el humor del ciego, muy malo aquel dia.

—¡Ah! ¡perdone V. caballero! dijo la voz de la persona que llamaba, con acento bur-

lon é incisivo: siento mucho haber incomodado á V.

Al oír aquella voz, palideció el lindo rostro de Mercedes, y un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo: el importuno visitador no era otro que su vecina doña Rita, la misma que con tanta inhumanidad habia negado á su madre la noche anterior el socorro que habia ido á pedirle.

¿Á qué vendria aquella mujer á su casa, cuando jamás habia puesto los piés en ella? ¿Cuando apenas se dignaba contestar al saludo de aquella pobre familia, si por acaso se la encontraba en el patio ó en la escalera?

Esto se preguntaba la pobre niña con creciente terror, sin saber qué respuesta darse.

—Siento haber incomodado á V., caballero, repitió doña Rita entrando atrevidamente y cerrando la puerta tras sí; no sabia ni podia imaginar que estuviera V. solo.

—En efecto, señora; nunca lo estoy, contestó Guillermo con frialdad, aunque conoció por el metal de la voz y por cierto perfume de espliego, muy casero, que exhalaban los vestidos de doña Rita, que estaba hablando con una mujer; sí, continuó, no

acostumbro á estar solo; pero hoy han tenido que salir mi madre y mi hermana, y los criados, aprovechándose de su ausencia, han salido sin duda tambien.

—¿Los criados.... eh? repitió con acento burlon doña Rita.

—Sí, señora; el criado y la criada que nos sirven: la camarera habrá acompañado á mi madre y á mi hermana.

—¿Conque tienen Vds. servidores? ¡Cáspita! ¡Bien servidos pueden estar!... Pero, vecinito, si V. no se opone, entraremos y nos sentaremos, porque, aunque V. no vea, no dejará por eso de conocer que me tiene en pié.

—Perdon, señora, repuso Guillermo, á quien el acento de aquella mujer impresionaba de un modo desagradable: mil veces perdon: pase V. por aquí, y dispense porque no estará con mucha comodidad... Hace algunos dias que tiene el tapicero nuestros sillones para cambiarles la tapicería, y estas sillas son incómodas.

—¡Pobre jóven! dijo doña Rita pérfidamente y con un acento que queria hacer compasivo y que solo era burlon.

Guillermo creyó que aquella exclamacion

era arrancada por la compasion que su ceguera inspiraba á su interlocutora, y nada contestó, porque aquella compasion no tenia nada de simpática ni de tierna, dado caso que existiese.

Reinó el silencio por algunos instantes. Guillermo, apartado del trato de gentes antes de la edad en que comunmente se entra en el mundo, era poco práctico en las fórmulas sociales; y en cuanto á aquella malvada y egoista mujer, meditaba de qué modo seria más certero el golpe que iba á dirigir al corazon del desdichado ciego.

Este fué el primero que tomó la palabra, conociendo lo embarazoso de la situacion.

—Señora, dijo: deseo que V. me indique en qué podemos servirla, pues como nunca creo que ha honrado nuestra casa, ni creo tampoco que tenga con mi madre relaciones de amistad, me parece que solo puede traerla aquí el deseo de disponer de nuestra inutilidad.

El acento de Guillermo era breve y severo: su corazon, fiel y sensible, le advertia que tenia delante á una enemiga.

Doña Rita le miró con ira: en su irascible

carácter, aquel severo y digno lenguaje hacia el efecto de una ofensa mortal.

Paseó, pues, la punta de la lengua por sus delgados labios, como la hiena que se relame de placer antes de arrojarle sobre su presa, y respondió acercándose confidencialmente á Guillermo:

—Amiguito, quiero corresponder á la franqueza de V. con otra igual.

—Hable V., señora.

—Pues bien, no vengo á exigir nada de V. porque yo no necesito nada de nadie... ¡Soy rica!

—Y bien, señora...

—Un poco de paciencia, vecino; he venido, al contrario de lo que V. cree, á prestar á V. un gran servicio.

—¿Á mí? repuso Guillermo con aire de duda.

—Á V.; respondió doña Rita con voz contenida, con aire muy satisfecho y acercándose más á Guillermo.

—¡Un servicio á mí!

—Á V. solo; pues ya que nos hemos propuesto hablar con toda franqueza, debo decirle que la admiracion que manifesté al ver que V. abria la puerta fué una fór-

mula... ¡pues! Una mera fórmula de sociedad.

—¿Sabia V. acaso que habian salido mi madre, mi hermana y los criados de casa?

—Vi salir, desde detrás de las cortinas de mis cristales, á su señora madre de V.; pero su hermanita no iba con ella: en cuanto á los criados...

—¿Qué?

—Hijo mio, siento decírselo; pero...

—Acabe V.

—No tienen Vds. ningun criado.

—¿Cómo, señora? ¡Querrá V. saber quién vive en mi casa mejor que yo! exclamó el jóven, por cuyas pálidas mejillas se extendió una nube purpúrea.

—¡Calma, amiguito, un poco de calma! Como sé lo que pasa en su casa de V., he creído una obra de caridad avisárselo á V., y habiendo visto salir sola á su señora mamá, me dije:—Esta es la mejor ocasion: los dos hermanitos están solos en casa, y puedo subir á decirles que su madre se está matando por ellos, para que lo eviten.

—¡Señora!... ¡por favor... hable V. con claridad... que me mata!... exclamó Guillermo tendiendo hácia aquella furia del infier-

no sus trémulas manos; ¿qué sucede? ¿Qué penas tiene mi madre? ¡Oh, sí... tiene V. razon... aquí hay hace mucho tiempo algun misterio terrible que pesa sobre mi corazon!...

—Oiga V. y tenga paciencia: ante todo es preciso que busquemos á su hermanita: debe estar en casa, porque no salió con su madre de V. ¿Quiere V. que la busque?

Y aquella execrable mujer, deseosa de registrar la casa á su sabor, se levantó para ir en busca de Mercedes.

—Siéntese V., señora... dijo Guillermo: no hay necesidad de que V. se incomode en salir de aquí... Si mi madre ha hecho un misterio de nuestra pobreza, á mí me toca hacer que sea respetado.

Y alzando luego la voz, llamó con tembloroso acento:

—¡Mercedes!

—Aquí estoy, hermano mio; contestó la pobre niña con sumision, y atenta ante todo á no disgustar á Guillermo.

—¡Aquí, junto á mí! prosiguió el ciego: ¡trae tu mano, que ha de estar entre las mias... para que yo la sienta temblar y estremecerse... y conozca si es verdad lo que esta mujer va á decir!

Al pronunciar estas palabras Guillermo, con voz hosca y agitada, tomó la pequeña mano de su hermana que puso entre las suyas.

—¡No puedo ver! continuó: Dios ha negado la luz á mis ojos... pero no por eso me podrás engañar... yo conoceré la verdad de lo que voy á oír!... ¡Hable V., señora!

—¡Sí que voy á hacerlo, amigo mio! dijo doña Rita; y empiezo ahora mismo: ha de saber V. que su madre está en la última miseria, y que ha rodeado á V. de una apariencia de lujo para que no lo conozca.

La mano de Mercedes tembló entre las de su hermano.

—¿Es verdad? preguntó este con voz sorda.

—Es verdad, respondió la niña con acento tembloroso y clavando en la solterona una mirada suplicante.

—Nada, nada: no hay que enviarme miraditas sentimentales, niña; dijo la infernal mujer con una jovialidad y buena fé admirablemente fingidas: yo he venido á decir la verdad, y tu hermano, hija mia, me lo agradecerá, y así prosigo: ha de saber V., amigo, que su señora madre estuvo ayer al

anocheecer en mi casa á pedirme ochenta reales.

—¡Oh, pobre madre mia! murmuró el ciego con estremecimiento doloroso.

—Y aun si, por fin, hubiese venido á pedirme esa pequeña suma para comer, pase, continuó la vieja; el sacrificio hubiera sido menos penoso; pero, hijo mio, no era así: venia á pedirmela para satisfacer el deseo que V. tenia de ir al teatro.

Guillermo nada respondió: el dolor habia echado un nudo á su garganta.

—¡Y no piense V. que se contentaba con llevar á V. á un asiento modesto, no! ¡Querria llevarle nada menos que á palco bajo... á lo señor... á lo grande!

—¿Es eso verdad? volvió á preguntar á su hermana el pobre ciego.

—Sí, contestó la niña en voz baja y temblorosa.

—Por supuesto que yo no le dí los ochenta reales: le dije que hacia muy mal en tener á V. en el error en que estaba, continuó la vieja, y le aconsejé que le sacara de él: porque me parece muy mal hecho que V. lleve una bata como un marqués y tenga chinelas bordadas, en tanto que su madre y su

hermana van vestidas del modo más miserable.

—Y mi madre y mi hermana habrán pasado hambre quizá, en tanto que yo comía manjares delicados, ¿no es cierto? preguntó con amargura el jóven.

—¡Pues está claro! ¡Figúrese V.! De fijo habrá habido dias en que no hayan comido más que pan, y eso no todo el que hayan querido.

—¿Es esto cierto? tornó á preguntar el desgraciado, de cuyos ojos sin luz brotaban gruesas lágrimas.

—¡Sí! repitió la pobre niña, cuya mano oprimía su hermano fuertemente.

—¿Habeis pasado hambre?

—¡Hermano mio, por Dios!... ¡Me haces daño!... gritó Mercedes, que rompió en llanto.

—¡Contéstame!... ¿habeis tenido hambre?

—¡Nuestra madre... no sé!

—¿Y tú?...

—Yo...

—Habla.

—Pues bien... algunas veces hubiera comido más.

—¿Y qué comiais?

—Patatas... arroz... y no pocos dias pan...

—¿Y nada más?

—Nada más.

Guillermo soltó la mano de su hermana y alzó al cielo sus ojos con muda y elocuente contemplacion.

—Creo que he hecho á V. un gran servicio, dijo doña Rita, porque ahora, que sabe su verdadera posicion, ahorrará muchos ratos de angustia á su buena madre: créame V., persuádala de la conveniencia de vender el mueblaje del cuarto de V., que es muy bueno, y podrá darles para comer algunos dias; porque V. me parece tan razonable que ahora, que sabe lo que pasa, no querrá tener sillas de terciopelo y cama con elegantes colgaduras, en tanto que lo demás de la casa está blanqueado y desnudo, y su madre y su hermana duermen sobre un miserable jergon por haber vendido todos los colchones.

El silencio siguió á estas palabras.

Mercedes lloraba con la cabeza baja, y su acongojado corazon se despedazaba al ver el dolor sombrío de su hermano y al pensar en el que iba á sufrir su pobre madre: por lo

que toca á Guillermo, habia sepultado el semblante entre sus manos y dejaba escapar algunas lágrimas por entre sus blancos y afilados dedos.

—En cuanto á los criados que V. cree tener, amigo mio, continuó doña Rita, quiero tambien decirle que está en un gran error: en su casa no hay criado alguno: su pobre mamá y su hermanita son las que guisan los regalados platitos de V. y los pobres potingues que ellas comen: limpian además la casa, y no por eso dejan de trabajar noche y dia sin descanso alguno.

Las palabras de la despiadada mujer fueron interrumpidas por un canto que se oia á alguna distancia, pero que llegaba claro y purísimo por la melodía y frescura de la incomparable voz que lo entonaba.

—¡Calle! ¡sube por aquí la *comediantita*! dijo la solterona con extrañeza: vendrá á ver á Vds., porque por esta escalera solo aquí puede dirigirse: ¡vea V. qué lástima! ¡Una chiquilla que, á pesar de su alta estatura, no debe tener más de quince años, y dedicada á esa carrera de perdicion! ¡Jesus! ¡Yo ni aun voy jamás al teatro! Creeria condenarme si tal hiciera: así es que solo co-

nozco á esa chica por sus gorgoritos y por habérmela hallado dos ó tres veces ahí... á la vuelta de la calle... con una mujer gruesa, que será su madre... ó pasará por tal... pues, V. ya me comprende, amiguito.

—Señora, respondió Guillermo alzando la cabeza: es necesario que se acuerde V. de que está en mi casa y de que habla delante de mi hermana.

Al decir estas palabras, la fisonomía del ciego tenia una expresion de dignidad tan severa, que doña Rita bajó la cabeza, creyendo que aquella mirada sin luz podia leer toda la ruindad de su alma.

—Si ha dicho V. ya todo lo que tenia que decir, puede V. retirarse, prosiguió Guillermo con amargura: lé agradezco que me haya enterado de lo que sucede en derredor mio; pero ahora, que ya lo sé, necesito quedarme solo.

La vieja iba á contestar, cuando llamaron suavemente á la puerta de la habitacion.

Mercedes fué á abrir.

—¡Esther! exclamó con un grito del alma. Y aún no habia espirado en sus labios, cuando la jóven artista apareció en el um-

bral de la salita donde se hallaban Guillermo y la malvada vecina.

Esta, sin levantarse de su silla, clavó en *el Ángel de los tristes* una mirada llena de osadía.

VIII.

Detrás de Esther apareció una criada que llevaba dos objetos.

Era el uno una linda maceta de porcelana blanca con ramos azules, llena de oscura tierra, y en cuyo centro habia plantada una frondosa mata de violetas.

Aunque el follaje era rico, lustroso y exuberante de verdor y de frescura, solo una florecilla habia abierta en su centro.

Una violeta, única, pero por lo tanto más bella, más rica de colorido y de aroma.

Temblaba en su cáliz una gota de rocío de la mañana, y se conocia que, cuidada por una mano cariñosa, acababa de abrirse á los besos del aura.

Rodeábala multitud de pimpollos que,